

**Charles Vachot**

**La Guirnalda de las Letras:  
Origen, Naturaleza y  
Poder del Lenguaje**

Son pocos los poetas y escritores modernos que no hayan indagado, con mayor o menor intensidad, el problema de los orígenes del lenguaje. De Hugo a Milosz, de Balzac a Ramuz, para limitarnos al solo dominio francés, más de uno se ha interrogado ampliamente sobre la naturaleza y la estructura profundas del instrumento del cual se servía, que le quemaba los dedos, en el que adivinaba poderes infinitamente superiores a los que liberaba con mayor o menor lucidez, que dominaba hasta cierto punto, y cuyos misterios le parecían ya suficientemente vertiginosos. Pues vivía en intimidad y en lucha demasiado estrecha con las palabras, como para ver sólo en ellas esos signos convencionales, esos ruidos contingentes, esos desarrollos de gritos animales, a los cuales el positivismo contemporáneo quería reducirlas. ¿Dónde, en qué filosofías podría encontrar entonces respuesta a sus preguntas, o al menos estímulo a sus intuiciones? No en Fabre d'Olivet, durante mucho tiempo oscuro y difícilmente accesible. Ni en los escolásticos, pues la exploración de sus escritos exigía una larga y difícil paciencia. Acaso tampoco en el *Cratilo* de Platón, diálogo en el que una tradición agonizante mezclaba no poca ceniza con sus preciosos resplandores. En efecto, desde hace mucho tiempo reina en Occidente, sobre esta materia como sobre muchas otras, una creciente confusión; de ello vemos un ejemplo reciente e ilustre en el surrealismo, donde lo casi bueno convive ingenua y ciegamente con lo peor. A este respecto las doctrinas orientales, conservadas fielmente hasta nuestros días, tienen mucho que decirnos. Os propongo confrontar sus enseñanzas con los interrogantes, las intuiciones, los recuerdos de nuestros poetas o de nuestros filósofos: de este modo obtendremos quizá, sobre problemas universales, nociones claras universalmente valederas.

Todo se resume en los versos famosos de Hugo:

*Pues la palabra es el Verbo, y el Verbo es Dios*<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> *Respuesta a una acta de acusación.*

En esta gradación ya ningún espíritu serio vería hoy un vano juego de palabras o una aventurada retórica. Es el testimonio deslumbrado de un maestro del verbo humano, plenamente consciente del poder que se le confió. De ello tenemos confirmación en la doctrina hindú, particularmente explícita y completa.

Leemos en el Veda:

*En el comienzo era Brahman; con él estaba Vák, la Palabra; y la Palabra era Brahman.*

Es el mismo comienzo, casi palabra por palabra, del Evangelio según San Juan:

*En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios.*

Pero la tradición hindú va a mostrarnos con precisión extrema la encarnación del Verbo, o mejor de la Palabra, pues ella imagina el Poder creador como femenino, como la Gran Deidad, la Gran Madre que trae todo al mundo, un mundo que ella misma ha creado. Es por esta razón por la que el Tantrismo, adorador de la Deidad, ha desarrollado especialmente la teoría del lenguaje y ha penetrado en su conocimiento; porque este lenguaje le proporciona, bajo la forma del Mantra, uno de sus medios espirituales más poderosos. Teoría de extraordinaria complejidad, que trataré de reducir, sin traicionarla, a lo estrictamente esencial.

En el principio es el Parabrahman, el Brahman supremo, el Principio del que no hablan los teólogos, porque de ese Principio nada puede afirmarse: la India no lo define, si así puede expresarse, sino por negaciones; y la China taoísta lo simboliza por la perfección del Vacío, lo que viene a ser lo mismo. Las doctrinas cristianas esotéricas naturalmente no lo ignoran: *Deberé llegar*, escribía Angelus Silesius, *más alto que Dios, en un desierto*<sup>2</sup>. Desierto, en efecto, de silencio absoluto. Pero en razón de que lo infinito contiene necesariamente la posibilidad de lo finito, y supone su existencia al menos ilusoria y provisional, en el Absoluto nace un deseo de creación, y en la Paz inmutable el Amor, la necesidad de un cambio de amor entre la Unidad y una multiplicidad salida de ella por una especie de sacrificio

---

<sup>2</sup> *Cherubinischer Wandersmann.*

divino, al que responderá el sacrificio de la multiplicidad que provoca el retorno a la Unidad original. Cuando el Principio reviste el aspecto de Brahmâ, el Dios creador, el Dios personal de las religiones, surge entonces Vâk, la Palabra, que no es otra que Shakti (el Poder), hija de Kâma, es decir, del Amor, o del Deseo creador. Nâda es la relación entre el Todopoderoso y su Poder, la unión de Brahmâ y de Shakti, unión de la que nacerá Bindu, el Punto inicial que producirá toda la geometría del universo, el Germen primero de donde saldrán, por una parte, todos los elementos constitutivos del universo, y por otra, del microcosmos humano: dos creaciones paralelas, fuentes de un juego constante de reflejos, de correspondencias y de reacciones recíprocas.

Todo es obra de la Palabra, que es Poder; en verdad, todo no es más que Palabra. La representación del universo como Sonido constituye una de las imágenes de la realidad menos infieles de que sea capaz el espíritu humano. Desde que se produce en el Parabrahman (al menos desde nuestro punto de vista) una modificación, todo, desde el más alto principio creador hasta la manifestación más ordinaria, puede ser concebido e imaginado como sonido, y el lenguaje humano puede ofrecerle un espejo más o menos nítido. *Nâda*, nombre de la causa primera del mundo, no significa otra cosa que sonido. Y los nombres que damos a las cosas son el reflejo, por cierto muy debilitado, muy deformado del Nombre Natural que Dios pronuncia para darles existencia; la vibración particular que imprimimos al aire para pronunciarlos es la correspondencia lejana, en nuestro plano material, de la vibración causal que creó los objetos que nombramos. Sólo Dios emite sonido, sólo su oído escucha el Nombre Natural, que sin embargo se refleja en nuestras pobres sílabas humanas. A los Nombres Naturales se refiere este versículo de Milosz:

*Pues estos nombres no son los hermanos, ni los hijos, sino ciertamente los padres de los objetos sensibles*<sup>3</sup>.

Las palabras que nuestros labios emiten son las únicas hermanas de los objetos sensibles; pues fue así como la vibración original creó a la vez, como gemelos, la palabra y el objeto (Shabda y Artha), el Nombre y la Forma (Nâma y Rûpa), que constituyen el doble aspecto de toda manifestación.

<sup>3</sup> *Cántico del Conocimiento.*

Pero existe una jerarquía de las lenguas, y de las palabras en el interior de una misma lengua en razón de su mayor o menor alejamiento del Nombre Natural, del Sonido Verdadero. La aproximación menos imperfecta al Nombre Natural es la sílaba, el nombre o la fórmula sagrada, cuyo ejemplo más claro y lúcido lo recibimos de la India con el Mantra, que puede considerarse, en el plano del lenguaje humano, como el Nombre Verdadero. ¿En dónde obtiene pues el hombre estos Nombres Verdaderos, y la garantía de su verdad? El Yogî, en determinado nivel de su conciencia, escucha el sonido causal, aunque no de modo tan claro ni tan pleno como el oído divino; pero lo escucha, como antes que él lo habían escuchado los primeros sabios, los Rishi, quienes nos lo transmitieron, traducido a nuestro lenguaje con toda la fuerza y toda la exactitud de que era capaz. Así fueron revelados los Mantra, y así también, de milenio en milenio, los sabios los han confirmado directamente.

La sílaba sagrado Om, o Aum, es la más perfecta transposición, en lenguaje humano, de la vibración primordial, del sonido que por primera vez rompiera (en apariencia) la Paz divina y anunciara la obra de la creación. Es el eco del inmenso, del terrible trueno de Nâda que resuena con toda su potencia en el oído divino, y también, aunque atenuado, en el del Yogî. Aunque éste no lo oye, a decir verdad, sino en una etapa muy avanzada de la Vía espiritual. Y mientras el Kundalinî Yoga sube de nuevo, una por una, las gradas de la cuesta creadora del Verbo, representadas en el microcosmos del cuerpo humano por esos centros sutiles que son los Chakra, el Yogî, a medida que su conciencia se eleva de Chakra en Chakra, advierte sucesivamente la vibración causal de cada elemento, del más ordinario al más sutil. En el centro más bajo, el Mûlâdhâra, que corresponde en el plano orgánico a la base de la columna vertebral, la conciencia ya despierta del Yogî escucha el sonido causal de la Tierra, sonido que él traduce, para nuestro oído, con la sílaba Lam, uno de los Bija Mantra o Mantra-gérmenes. En el centro inmediatamente superior, el Svâdhishtâna, el Yogî escucha el Mantra del Agua, Vam; en el Manipûra, a la altura del ombligo, el Mantra del Fuego, Ram; en el Anâhata, a la altura del corazón, el Mantra del Aire, Yam; en el Vishuddha, a la altura de la garganta, el Mantra del Eter, Ham. Sólo después de conducir y fijar su conciencia en el Chakra más elevado,

el Ajnâ, cuya correspondencia fisiológica se sitúa entre las cejas, el Yogî advierte la presencia del gran Mantra Om.

Estos Mantra son pues, en el plano humano y para el oído ordinario, el eco más cercano y más fiel de la vibración creadora emitida y escuchada por Dios, y en menor grado por el mortal que comienza a superar el estado humano ordinario. Otros Mantra son combinaciones de esos Nombres Verdaderos, ordenados ya en una palabra, ya en una fórmula, y que, por las sílabas que los constituyen, son la descripción exacta, o el ser mismo, de una divinidad, de un principio o de una realidad cósmica. Pues si los sonidos proferidos por nuestras bocas representan el último estado, en el plano material, de las vibraciones creadoras reflejadas de grado en grado, de lo espiritual a lo sutil, de lo sutil a lo físico, es evidente que, desde nuestras sílabas hasta esas vibraciones primeras, pasando por todos los grados intermedios, las correspondencias no son solamente simbólicas, sino que representan parentescos directos, y como lo veremos, posibilidades de acción efectiva.

Se puede imaginar una lengua original enteramente compuesta no ciertamente por Mantra (no sería ella entonces más que liturgia), sino por combinaciones y por derivados de esos Mantra, o dicho de otra manera por sílabas verdaderas, hijas semejantes, y si puedo decirlo, legítimas del Verbo divino; una lengua compuesta también por esta variedad diferente, secundaria, de nombres naturales que, como las onomatopeyas, sugieren e imitan: no ecos vivos de vibraciones creadoras, sino reflejos evocadores de cosas creadas. Si a la voz de Dios dando existencia a las aguas, el Mantra responde con el eco *Vam*, el lenguaje ordinario responderá a las criaturas, generalmente, con ecos tales como los nombres *trueno*, *céfiro* o *cucú*. Estos nombres naturales son inferiores a los primeros, casi en la medida en que un arte que se contenta con reproducir la naturaleza creada es inferior al gran arte que, según la expresión de Santo Tomás de Aquino, *imita a la naturaleza en su modo de operación*. Una lengua formada así por ecos divinos o terrestres, sería la fiel traducción del Verbo y de su obra. Señalemos a este propósito que ella no podría ser simple, pues ha de expresar toda la diversidad infinitamente matizada de la creación. Sólo los modernos filólogos, que consideran el lenguaje como un instrumento puramente práctico, un repertorio enteramente con-

vencional, pueden ver un progreso en su simplificación, en su empobrecimiento en el curso de las edades; pero si el lenguaje es en verdad la flor humana del Verbo creador, la gradual extinción de sus múltiples visos, intelectuales o sonoros, como podemos comprobarlo por ejemplo en la evolución del alemán, y adivinarlo en la del chino, no es seguramente sino el marchitamiento que anuncia el invierno. Bastante después de lo que la tradición bíblica llama la confusión de las lenguas, muchas de ellas, a decir verdad, pretendieron haber conservado una semejanza y una fidelidad suficientes: es el caso de las lenguas sagradas, tales como el sánscrito, el hebreo o el árabe.

En la tradición y la iconografía, encontramos las cincuenta letras del alfabeto sánscrito dispuestas en guirnalda alrededor de Brahmâ, el Dios creador, porque ellas representan la última floración de su Palabra. A la hora del fin de un mundo, el collar compuesto por esas cincuenta letras es el que lleva la Shakti como un trofeo; la Shakti, o sea el poder creador convertido en destructor, y que ha cambiado su nombre de Vâk por el nombre terrible de Kâlî.

En cuanto a las letras hebráicas, la Tradición, la Cabbalah, les atribuye un contenido y un significado muy diferente de su solo valor alfabético o fonético. Hijas mayores de la Sabiduría divina, y cantando alabanzas al Creador, ellas corresponden a esas modalidades, virtudes o poderes divinos que son los Sefiroth, a las realidades cósmicas gobernadas por los Sefiroth, más que a los números. Así pueden ellas, como las sílabas sánscritas, componer Nombres Verdaderos, ecos de los nombres proferidos por Dios. En tal lengua, los textos ordinarios no necesitarán, como en la nuestra, lectura distinta de la fonética, y expresarán así todo su sentido. En cambio, un texto mágico podrá no emplear sino los valores secretos, las correspondencias activas que encierran las letras, sin que su lectura fonética ofrezca ningún significado. A un nivel intermedio, los textos religiosos serán susceptibles de una doble interpretación: proporcionarán un sentido claro a la simple lectura fonética, y al mismo tiempo exigirán del iniciado una interpretación esotérica, mediante el desarrollo de los valores ocultos, de los sentidos múltiples de sus letras. Y es un hecho que Fabre d'Olivet, al restituir a las letras hebráicas todo su sentido, pudo dar de los diez primeros capítulos del *Génesis*, que él llama "La Cosmogonía de Moisés", una interpretación cuya coherencia es indis-

cutible, y cuyo esplendor metafísico ilumina y transfigura esa sombra de verdad que sólo las traducciones comunes pretendían proporcionarlos. Al expresar y ocultar a la vez verdades secretas, los jeroglíficos egipcios, que fueron tal vez los modelos de las letras hebráicas primitivas, eran ciertamente susceptibles de tal empleo esotérico, y a ese solo título merecían su nombre de "palabras divinas"; desde los orígenes de la egiptología, Champollion lo había adivinado y afirmado.

También las letras árabes entran en un juego de correspondencias indefinidas con las realidades aritméticas, cósmicas y divinas. En efecto, la cadena entre ellas y su arquetipo celeste no fue nunca rota, sino por el contrario fortalecida y de nuevo forjada por la Revelación hecha a Mahoma. Es así como cada una de esas veintiocho letras corresponden, según la astrología árabe, a una de las veintiocho moradas de la luna; y uno de los más ilustres metafísicos del sufismo, Moyiddîn ibn Arabî, escribe:

*No son, como se piensa, las moradas de la luna las que representan los modelos de las letras, son los veintiocho sonidos los que determinan las moradas lunares* <sup>4</sup>.

Hemos seguido sobre todo la doctrina hindú, porque ella es particularmente explícita; pero la tradición es una, como lo hemos visto, y confirma de modo unánime la siguiente intuición de Mallarmé:

*Con sus veinticuatro signos esta Literatura denominada con justicia Letras... sistema dispuesto como un Zodíaco espiritual, supone su doctrina propia, abstracta, esotérica, como una teología* <sup>5</sup>.

Siendo éstos el origen y la naturaleza del lenguaje, podemos entrever los poderes que encierra. Para comenzar, ¿no seguiríamos una vía espiritual segura, con etapas precisas y previstas, cuando partiendo del lenguaje y en el interior mismo del lenguaje, escaláramos el camino trazado por el Verbo en su cuestra creadora? Si todo Yoga, no importa cuáles sean los métodos y las técnicas, es un retorno a la Fuente original, ¿no puede existir un Yoga del Verbo? Es de este modo como la India tradicional considera, en efecto, el estudio del lenguaje. Para ella la gramática es algo muy distinto que para los occidentales; sus

<sup>4</sup> Citado por T. Burckhardt (Clave espiritual de la astrología musulmana).

<sup>5</sup> *La Literatura* (fragmento).

grandes gramáticos, Patanjali, Bhartrihari, fueron Yogî verdaderos, que se proponían como finalidad última la clara visión de Brahmâ en el centro de la Guirnalda de las Letras. La simple búsqueda de la corrección del lenguaje constituye ya un ejercicio espiritual; en términos cristianos, una "imitación" del Verbo. La conservación o la restauración, en nuestras lenguas decadentes, de una parte del orden primitivo, es obra meritoria puesto que sirve al Dharma. Pero el acto de ahondar en el estudio del lenguaje puede constituir una Sadhânâ, una vía espiritual auténtica y completa, que permita reiniciar íntegramente, en sentido inverso, el camino de la creación; se trata de subir de Dhvani, la palabra ordinaria, a Sphota, la idea creadora; de pasar de nuevo, pero en ascenso, por los cuatro grados de la palabra: Vaikari, la palabra común, articulada, audible; Madhyamâ, la palabra intermedia, vibración sutil, aunque unida a la vibración sonora; Pashyanti, la palabra "visible", es decir, inteligible, pero no expresada; finalmente Parâ Vâk, simple tendencia hacia la idea, cuya substancia no es otra que el Principio del Verbo; Parâ Vâk, la Palabra suprema, que podría decir con voz de Hugo:

*Yo existía antes que el alma. Adán no es mi padre* <sup>6</sup>.

Esta fuente interna del lenguaje es una con la Fuente del Verbo creador. Todo Yoga es realización de la identidad del yo y del Brahman: este Brahman es el que bajo su forma de Shabdabrahman, el Brahman como Sonido, encuentra de nuevo el Yoga del Verbo. Parâ Vâk es Parabrahman. Y es ésta la palabra suprema que buscaba Bhartrihari, gramático, poeta y místico, quien siete veces entró en el monasterio y siete veces salió de él, porque sabía que sólo en la meditación del lenguaje hallaría su camino, su actitud ascética y su iluminación. Pudo así decir:

*La gramática es verdaderamente la puerta que da acceso a la beatitud suprema* <sup>7</sup>.

Al Yogî que no es esencialmente un Shabdika, adorador de Vâk, buscador del Brahman concebido como Sonido, la Palabra le dará sin embargo, bajo forma de Mantra, poderosas claves espirituales. Cono-

---

<sup>6</sup> Respuesta a una acta de acusación.

<sup>7</sup> Vakyapadiya.



ciendo plenamente el Maestro (Guru) la naturaleza individual del discípulo, escogerá y transmitirá a este último con toda su carga espiritual, el Mantra que transforme esa naturaleza. Ello será con frecuencia una fórmula que contenga la sílaba Om y el nombre de una Devatâ, es decir, de un aspecto, de una función, de una cualidad divina; repetido sin reposo, mental y vocalmente, durante días y años, este nombre verdadero, encarnación verbal de la energía divina, y esta energía misma, desarrollarán en él todos sus poderes, hasta convertirse en su propio yo. *Dios y Su Nombre son idénticos*, decía Râmakrishna; *Dios mismo se realiza por el poder de Su santo Nombre*<sup>8</sup>. También el Japa, repetición del nombre divino, puede conducir a las más altas realizaciones espirituales: uno de nuestros contemporáneos, Swâmi Râm-dâs, ha llegado a ser un gran sabio mediante la sola e infatigable repetición del nombre Râm. No se trata aquí del Mantra del Fuego, sino de Râma, encarnación de Vishnu. Sobre todo, en nuestra Edad Sombría<sup>9</sup>, en esta Kali Yuga donde la meditación es difícil, y la Vía está obstruida por obstáculos que no dejan de acumularse, la misericordia divina hace del Japa un medio de salvación, un substituto de merecimientos imposibles, que no hubieran bastado en tiempos menos lastimosos de nuestra humanidad. Está escrito: *En la edad Kali, la repetición del nombre Hari* (o dicho de otro modo, de Vishnu) *basta para destruir todos los errores*<sup>10</sup>. Y también: *La repetición de Su Nombre . . . es para los yerros como el fuego para los metales*<sup>11</sup>. Los Budistas esperan, del nombre de su Maestro, los mismos efectos: *Pronunciar Su Nombre*, recuerda un sabio chino<sup>12</sup>, *nos purifica de todas las transgresiones cometidas en todas las vidas durante ochenta billones de Kalpa*. (Precisemos que la duración de un Kalpa, período comprendido entre dos creaciones, alcanza, según ciertos cálculos, a cuatro

<sup>8</sup> *La enseñanza de Râmakrishna*.

<sup>9</sup> Según la doctrina hindú, la duración de un ciclo humano (Manvantara) se divide en cuatro edades, que marcan otras tantas fases de un obscurecimiento gradual de la espiritualidad primordial. Actualmente, y desde hace más de seis mil años, estamos en la cuarta edad (Kali-Yuga), o "Edad Sombría".

<sup>10</sup> *Vishnu Dharma Uttara*.

<sup>11</sup> *Ibidem*.

<sup>12</sup> Tao Ch'ò. Citado por Frithjof Schuon (*De la unidad trascendente de las religiones*).

mil trescientos veinte millones de años). La tradición cristiana tampoco ignora estos poderes del nombre divino, y de su repetición perseverante. Estaba prohibido, en los Hebreos, pronunciar y revelar el verdadero nombre del Ser Supremo, porque allí Su presencia era real; en razón de esta misma presencia, para los ortodoxos y muy especialmente para los Hesicastas, herederos directos de los Padres del Desierto y de los apóstoles, la sola invocación del nombre de Jesús era santificante y deificadora. Pues la invocación del nombre del hombre en que Dios se convirtió, y del Dios que el hombre ha de volver a ser, constituye, más que un llamamiento, un alimento celeste, un licor de inmortalidad. Los textos hindúes no contienen nada más explícito que el siguiente de San Juan Crisóstomo:

*Persevera sin tregua en el Nombre de Nuestro Señor Jesús, a fin de que tu corazón beba del Señor y que el Señor beba de tu corazón, para que así los dos lleguen a ser Uno*<sup>13</sup>.

A quien permanece en el mundo, y en el plano ordinario del mundo, el lenguaje ofrece posibilidades de conocimiento y de acción que han adivinado algunos occidentales modernos. Conocimiento y acción que Ramuz por ejemplo presentía, lo que le permitió escribir en su *Diario*:

*Apretaré las palabras con fuerza y, al dominarlas, las obligaré a devolver sus más ocultos secretos, sus riquezas más profundas, a fin de que ellas me descubran su interior y que me obedezcan y me sigan servilmente y con temor, porque yo las habré conocido e íntimamente registrado. Entonces, al obedecerme, todo me será dado, el cielo, el mar, y los espacios de la tierra, y todo el corazón del hombre*<sup>14</sup>.

Se concibe en efecto que el lenguaje, en sus partes que han permanecido sanas, y emparentadas todavía con los Nombres Naturales, revele en el análisis de su estructura profunda no pocos secretos de la creación. Más de una raíz, en nuestras lenguas vulgares, debió conservar algo de su alto origen: ya que si hubo confusión y decadencia, no hubo jamás ruptura brutal y total. Así, en Mallarmé, el poeta llamaba en su ayuda al profesor de inglés, que intentaba el delicado análisis

<sup>13</sup> *Epístola a los monjes.*

<sup>14</sup> 9 de diciembre de 1904.

de las consonantes sajonas y la dilucidación de su sentido profundo. Semejante búsqueda será menos ardua, menos dudosa, cuando se trate de una lengua tradicional o sagrada. En la India, el Nirukta, que los occidentales consideran a veces como etimología ilusoria y pueril, es el análisis, mediante la reducción de las palabras a sus elementos constitutivos y su comparación según esos elementos, de sus significaciones y sus parentescos profundos, ricos en enseñanzas sobre la naturaleza y sobre las correspondencias de las nociones o de los objetos que esas palabras designan. En las lenguas semíticas, los valores numéricos de las letras multiplican también los significados secretos y las correspondencias de las palabras. Un espejo perfecto de la creación puede ofrecerlo por consiguiente una lengua primitiva, o mejor aún la lengua original, floración del Verbo en los labios de los primeros hombres. Así Mallarmé remitía lúcidamente el cumplimiento de sus ambiciones al día en que la Ciencia, al poseer el vasto inventario de los idiomas hablados alguna vez sobre la tierra, escriba la historia de las letras del alfabeto a través de todas las edades y diga con aproximación cuál era su significado absoluto, ya adivinado, ya desconocido por los hombres creadores de las palabras<sup>15</sup>. Y con mayor claridad aún, declaraba:

*Les langues imparfaites en cela que plusieurs, manque la suprême... La diversité, sur terre, des idiomes empêche personne de proférer les mots qui sinon se trouveraient, par une frappe unique, elle-même matériellement la vérité. Cette prohibition sévit expresse, dans la nature... , que ne vaille de raison pour se considérer Dieu*<sup>16</sup>.

Nos aproximamos aquí al mito de Babel. La confusión de las lenguas fue posiblemente sanción, pero sobre todo precaución providencial, para evitar a una humanidad decadente el mal uso, no menos que los efectos peligrosos, de los poderes de la Palabra: aquella Palabra cuya comunicación, decía Balzac, quema y devora a quienes no están preparados para recibirla<sup>17</sup>. Los Nombres Naturales, vibraciones creadoras de las cosas, conservan hasta en sus ecos humanos algún vestigio de su poder divino. Arthur Avalon, el mejor informado y el más

<sup>15</sup> Las palabras inglesas.

<sup>16</sup> Crisis del verso.

<sup>17</sup> Louis Lambert.

autorizado entre los intérpretes occidentales del Tantrismo, dice que *el Nombre Natural de una cosa es el sonido producido por la acción de las fuerzas movibles que la constituyen. Por ello, el que pronuncia mental y vocalmente, con fuerza creadora, el Nombre Natural de una cosa, da existencia a la cosa que lleva ese Nombre*<sup>18</sup>. Crear, lo mismo que destruir, están al alcance del hombre en posesión de los Nombres Naturales. Bien lo sentía Hugo:

*Poned una palabra en un hombre, y el hombre estremeciéndose se marchita y muere, penetrado por su fuerza profunda*<sup>19</sup>.

Ciertas palabras, ciertas fórmulas, ciertos ritmos, desde el encantamiento litúrgico, hasta las fórmulas de los nigromantes, permanecen cargados de este poder. El Mantra, entre otras aplicaciones, permite una magia cuidadosamente reservada, salvo accidente, a iniciados que no abusen de ella. Avalon trae un ejemplo sorprendente de esta magia: el fuego sagrado que arde sin ninguna operación material, y que sólo brota a la llamada del Mantra Ram. La magia ordinaria no podría ser sino una aplicación inferior, y a veces equivocada, de esos poderes que, normalmente ejercidos por la liturgia, contribuyen a la conservación del orden divino, del Dharma.

Las letras árabes tienen también, como lo hemos visto, no solamente una relación simbólica con las cosas, sino correspondencias eficaces. Así los iniciados musulmanes, al modificar o invertir el orden de las letras según la ciencia llamada Simiâ, pueden obrar sobre los hombres y sobre el mundo.

En la China antigua, los nombres y los caracteres eran cosas mágicas. Nombrar un ser era obrar sobre él para su salvación o maleficio. El mismo término chino, *Ming*, designa, por una parte, la vida, el destino, pero también la palabra o el carácter. Y la tradición cuenta que la invención de los caracteres ahuyentó a los demonios gimientes, porque gracias a ellos los hombres tenían en adelante poder sobre dichos demonios. Eran también profundos el cuidado por las denominaciones correctas, y el papel que ellas desempeñaban oficialmente en el Imperio. *Lo esencial*, decía Confucio, *es que a las cosas se las designe*

---

<sup>18</sup> *El Poder de la Serpiente.*

<sup>19</sup> *Respuesta a una acta de acusación.*

*con sus nombres correctos.* El primer deber del soberano era fijar los nombres y los caracteres, sin lo cual toda medida quedaba sin efecto, toda política afectada de esterilidad. Era por medio de los nombres como se gobernaba a los seres y a las cosas; la precisión de los términos era garantía de justicia en el Estado. Significaba ello dar a la lengua el valor y las responsabilidades de una verdadera liturgia. Y la más gloriosa alabanza que el gran emperador Che Houang Ti pudo grabar en su honor sobre las pilastras del templo, fue ésta:

*Traje orden a la multitud de los seres: cada cosa tiene el nombre que le conviene.*

Entre los vestigios sagrados o mágicos del verdadero lenguaje, la poseía ha reivindicado muchas veces su lugar. Desde la antigüedad hasta Valery, los poemas han recibido o se les ha atribuído el nombre de "encantamientos". Y la ocasión era propicia, dentro de la moderna confusión de espíritu de que hemos hablado, para crear a este propósito equívocos y mezclas de palabras. Lo que hemos vislumbrado de las doctrinas orientales, ¿podrá ayudarnos acaso a determinar el lugar real y legítimo de la poesía entre las formas superiores o insólitas del lenguaje, y a obtener algunas justificaciones claras del nombre "encantamiento"?

Ellas justifican, en primer lugar, la intuición y el curso de uno de los más lúcidos entre los poetas de Europa, Mallarmé, que quiso, mediante un regreso a su acepción etimológica, y a su significado primitivo,

*Dar un sentido más puro a las palabras de la tribu*<sup>20</sup>.

Todo lo que hemos dicho del lenguaje confirma que esta es, en principio, la vía correcta. Del Nombre Natural, e incluso de los nombres primordiales, un poeta moderno seguramente puede apenas sugerir la búsqueda y la nostalgia: al término inaccesible de esta búsqueda, la poesía por otra parte moriría de su triunfo y se convertiría en magia superior o en liturgia; al avanzar hacia una lengua paradisíaca, encontraría en el Paraíso su "fin", en los dos sentidos de la palabra. El lugar de todo arte se sitúa entre este mundo y el mundo intem-

<sup>20</sup> *La Tumba de Edgar Poe.*

poral de las ideas; como todo arte, la poesía sólo subsiste gracias a este equilibrio providencial, a este difícil y delicioso suspenso.

Fuera de su búsqueda lúcida y sabia de lo primitivo, el poeta vuelve a veces a encontrar mediante la suerte, la intuición, la revelación o la rememoración, fragmentos de palabras todavía verdaderas, sílabas, ordenamientos, aliteraciones todavía justas, eficaces: ya no creadoras, por cierto, en el plano material, sino poderosa y mágicamente evocadoras en el plano de lo mental. Las cosas se encuentran allí de nuevo llevadas a la existencia en su plenitud olvidada, en su primordial perfección. En este sentido puede entenderse la altiva afirmación de un Novalis:

*La poesía es lo real absoluto. Tanto más verdadera cuanto más poética*<sup>21</sup>.

No obstante, en ello no reside lo esencial del poder poético. La poesía no tendría más que repetir la creación: su movimiento propio es inverso, y la verdadera poesía se dirige hacia el origen. Si ella reencontra las vibraciones creadoras, nos corresponde a nosotros ascender, con ayuda del recogimiento que ella instaura y en la dirección que sugiere, hasta su fuente primera, que es el silencio. Fenómeno humano, que tiende sin embargo hacia la esencia, la poesía tiene pues su lugar debajo de la liturgia, cuya substancia verbal es el cuerpo mismo de una divinidad, al mismo tiempo que el objeto y el orden del universo, pero encima de la magia común, que se practica en el mundo creado sin meta espiritual.

Enteramente espiritual es, por el contrario, el gozo que da la poesía, y que la India llama Rasa, "el sabor". Vishvanâtha llama a este "sabor" del poema, *extraño a este mundo, hermano gemelo de la gustación de lo sagrado, alegría y conocimiento unidos*; y dice que esta esencia de la poesía, el espíritu, *es el gusto no como algo separado, sino como su propia esencia*<sup>22</sup>.

Esta comunión, esta fusión del sujeto y del objeto en la esencia, son el fin de toda poesía verdadera. Mallarmé lo ha concebido y expresado perfectamente:

<sup>21</sup> Novalis *Schriften*.

<sup>22</sup> *Sâbitiyadarpana*.

*Un hombre puede sobrevenir... si ha recreado por sí mismo, cuidando de conservar de su desenfado estrictamente una piedad a las veinticuatro letras, tal como ellas, por el milagro de la infinitud, han fijado en alguna lengua su piedad, y también un sentido para su simetría, acción, reflejo, hasta una transfiguración en el término sobrenatural, que es el verso; este civilizado edénico posee, por encima de otro bien, el elemento de felicidad, y una doctrina al mismo tiempo que una comarca*<sup>23</sup>.

Todo nuestro estudio se resume en estas líneas magistrales: la encarnación de lo infinito en el verbo, la floración humana de este verbo en las letras, su presencia aún en nuestras lenguas decadentes, su búsqueda mediante una actitud ascética y una devoción estrictas, las correspondencias activas puestas en juego por las palabras y finalmente la esencia reencontrada en la beatitud. La poesía propone "una doctrina al mismo tiempo que una comarca": dicho de otro modo, y como todo Yoga, un método y una realización. Sin duda es en el mismo sentido como debe interpretarse sobre todo "lo real absoluto" de que hablaba Novalis, quien plenamente consciente de las posibilidades y de la dignidad de su arte, afirmaba:

*Quienquiera que hable verdaderamente, está lleno de vida eterna, y su escritura nos parece extrañamente emparentada con los misterios auténticos...*<sup>24</sup>.

La poesía en efecto, verdadera "alquimia del verbo", efectúa el regreso de la apariencia a la Idea, del objeto inanimado al Principio. Al reencontrar el curso de las vibraciones justas para ascender por él, la poesía nos conduce de Dhavani a Sphota, quien, como lo hemos visto nos introduce en el plano de lo no manifestado, del Parabrahman mismo. De modo que Rasa, el "sabor" poético, es conocimiento del Brahman, conciencia de la Unidad del yo y de lo absoluto. Un Mallarmé no es pues como se ha pretendido, un buscador de la nada sino del ser, del cual nuestra existencia no es más que un accidente (evidentemente necesario), y también del no ser superior al ser mismo, que es el Parabrahman. Por ello el libro mallarmeniano concluye en

<sup>23</sup> *La música y las letras.*

<sup>24</sup> *Novalis Schriften.*

un silencio que no es el de un poeta impotente, aunque él mismo lo haya dicho, sino el silencio primordial reencontrado, donde no se ha desencadenado aún el trueno de la sílaba creadora Om.

En el curso de esta confrontación de las doctrinas de Oriente con las más vivas intuiciones occidentales, hemos citado tantas veces a este poeta, cuya búsqueda fue la misma de los gramáticos y de los poetas hindúes, y hace de él un hermano occidental de Bhartrihari, que es justo cederle la palabra para concluir esta plática. Su lengua refinada, su sintaxis insólita y enrarecida son aquí perfectamente legítimas, y sin duda necesarias, puesto que se trata de sugerir esta Realidad esencial de la que el vacío y la ausencia son los símbolos menos imperfectos. Escuchemos a Mallarmé:

*Para qué serviría, sin embargo, la maravilla de transponer un hecho de la naturaleza en su casi desaparición vibratoria según el juego de la palabra, si no fuera para que de ello emane, sin la molestia de un próximo o concreto llamado, la noción pura.*

*Yo digo: una flor! y fuera del olvido a donde mi voz relega todo contorno, y como algo distinto de los cálices sabidos, se levanta musicalmente, idea semejante y suave, la ausente de toda guirnalda*<sup>25</sup>.

---

<sup>25</sup> *Crisis del verso*. Es también justo insistir en la importancia del aporte de Arthur AVALON a la ciencia del lenguaje. Su obra sobre el Mantra: *Guirnalda de Letras (Varnamala)*, es de capital importancia. En homenaje a este irremplazable iniciador en los estudios tántricos, el presente bosquejo ha tomado su título del mismo simbolismo.